

Identidades rurales en perspectiva territorial

Dinámicas cambiantes en tiempos de crisis

*Flor Edilma Osorio Pérez**

RESUMEN

Hay un largo trecho histórico que antecede la configuración de lo que hoy denominamos lo rural, con grandes cambios que, sin embargo, mantienen la constante de la subordinación del campo a la ciudad. Es un largo camino movido por los procesos económicos, políticos y culturales imperantes, por demandas y lugares impuestos y por continuas disputas en su delimitación material y en el sentido y posición en la sociedad. Revisitar tales identidades y sentidos de lo rural, retomando algunas diferencias tradicionales entre lo rural y lo urbano, para dar cuenta de los cambios sucedidos y de los factores que los propician, es el propósito de esta reflexión. Situados en la realidad colombiana, el artículo toma como eje central la importancia del vínculo territorial en la configuración de las identidades rurales, las cuales se tejen en medio de la dinámica y difusa interacción rural-urbana. Igualmente, se incorporan situaciones derivadas del prolongado conflicto armado que vive el país, teniendo en cuenta, sin embargo, que la historia de los pueblos si bien incluye sus guerras, va más allá de éstas.

PALABRAS CLAVE: identidades rurales, paisajes, idealizaciones, dinámicas socioculturales, resistencias territoriales.

ABSTRACT

There is a long historical trajectory preceding the construction of what is now called "rural" with many large changes; however, the subordination of the country to the city has always remained a constant. It has been a long path, driven by prevailing economic, political and cultural processes for imposed demands and spaces, and by continual disputes in their material definition and direction and position in society. The purpose of this reflection is that of revisiting such identities and senses of rural, revisiting some traditional differences between the rural and urban, to account for changes that have occurred there and factors leading to them. Set in the Colombian reality, the article takes as central the importance of the territorial link in shaping rural identities, which are woven

* Profesora-investigadora, Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Departamento de Desarrollo Rural y Regional [fosorio@javeriana.edu.co].

through dynamic and diffuse rural-urban interaction. Similarly, situations derived from the prolonged armed conflict in the country are included, taking into account, however, that although the history of the peoples includes wars, it also goes beyond them.

KEY WORDS: rural identities, landscapes, idealizations, sociocultural dynamics, territorial resistance.

En el principio, todo era campo... Durante cerca de tres millones de años, el mundo ha sido eminentemente rural. Siguiendo la historia de larga data que nos propone Malassis (2004) y ubicados en un año calendario para comprender mejor la dimensión de tiempos tan largos, el ser humano aparece el 1 de enero –hace tres millones de años. De ese momento a finales de noviembre, se identifica la edad preagrícola, que se caracteriza por ser un tiempo de cazadores, recolectores, pescadores que, por muchos siglos, consumió alimentos crudos; a partir del 31 de octubre, cuando se descubre el fuego, se produce toda una revolución culinaria y artesanal que va a la par con prácticas sociales de protección y organización. Las aldeas, en tanto embriones de ciudad, se van configurando lentamente desde el paleolítico produciendo asentamientos y dinámicas de domesticación de animales. Paulatinamente, la agrupación de personas va exigiendo orden, estabilidad y rutina que configuran estructuras de poder más estables y acciones de protección física que se concretan en la empalizada y la muralla.

Siguiendo la escala anual propuesta, a principios de diciembre, en el neolítico, se define la edad agrícola –hace 10 mil años– y se configura un grupo social denominado los campesinos. El mundo sigue girando en torno a la agricultura, desde la cual se crean multiplicidad de alimentos, textiles, bebidas, utensilios que aportan al desarrollo cultural y material de los habitantes, en un tiempo pleno en descubrimientos y de procesos de transformación. La diferenciación entre centros poblados y el campo se va multiplicando, al generarse una especialización del trabajo.

Históricamente, desarrollando una agricultura productiva, los campesinos han hecho posible el advenimiento de las grandes civilizaciones [...] Los cultivadores pudieron entonces alimentar a los gobernantes, los administradores, los comerciantes, los sabios, los filósofos, los maestros, los artistas [...] los cuales pudieron aportar todo su tiempo al desarrollo de las civilizaciones (Malassis, 2004:503).

Se va consolidando la idea de un territorio con fronteras, que pasa por procesos inestables en el marco del feudalismo, que reafirman la subordinación del campo y de sus habitantes frente a la ciudad.

La edad agroindustrial, en la cual nos situamos actualmente, sólo aparece el 31 de diciembre a las 11 de la noche –hace 200 años– un poco más tarde de la denominada revolución industrial. Es el tiempo de los agricultores y de los alimentos procesados.¹ La tiranía del mercado y la formación de precios mediante la explotación familiar genera una importante transferencia rural urbana, no sólo de capital sino de personas, por medio de la migración, que configura los ejércitos de proletarios con bajos salarios. El comercio internacional, la tecnología, el transporte y las comunicaciones se dinamizan a ritmos impensados, en medio del surgimiento de Estados modernos (Malassis, 2004).

Situados en el tiempo sociohistórico, diferentes estructuras se superponen y coexisten: la comunidad rural, el modo de producción esclavista y feudal, el capitalismo y la industrialización de la agricultura (Lefebvre, 1978).

La comunidad rural se mantiene, se defiende, desaparece o se reconstituye bajo modos de producción muy diferentes [...] Persiste, más o menos viva, en acenso o disolución, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; ciertamente no extraña a las vicisitudes de la Historia y las transformaciones económico-políticas, pero con vida e historia propias (Lefebvre, 1978:27).

De ahí la importancia de evitar las descripciones técnicas y normativas de lo rural despojándolas de su pasado; “lo histórico persiste y actúa en lo rural” (Lefebvre, 1978:20).

En ese marco histórico, paulatinamente se va configurando un otro lugar que surge a partir del proceso de sedentarización

¹ Véase, por ejemplo, el estudio sobre el azúcar de Mintz Sydney (1985).

derivado del fuego. Las ciudades se impulsan con la guerra y en función del orden militar, como una estructura que almacena y trasmite los bienes de la civilización. Es el espacio que se autodefine como el lugar de la razón, de la ciudadanía,² el paradigma de lo moderno pero, al mismo tiempo, es el espacio de la represión y del control. De hecho, la colonización española se basó en la construcción de pueblos de indios como una forma de control político de la población.

La continuidad de este ordenamiento a lo largo del periodo colonial y la incorporación de algunos elementos de corte prehispánico, facilitó el proceso mediante el cual el orden social, espacial y político, se incorporó como el orden natural. Sobre esa base, ciertos espacios, como la plaza, adquirieron un valor simbólico muy importante, que no sólo resultó de gran utilidad en términos de la dominación, sino también para escenificar la inconformidad y el desacuerdo de la población (Herrera, 2007:347).

La función social de la ciudad se concentra en lo político y lo cultural. Es su seno residen los centros institucionales del poder, desde donde se decide el rumbo de la sociedad.

No hay ciudad –por pequeña que sea– que no imponga a su mundo rural anexo, las comodidades de su mercado, de los servicios religiosos, mercantiles, financieros [...] un requisito para ser ciudad, es el de dominar un espacio. Crear territorio, explotarlo, exprimirlo a favor de la ciudad (Zambrano, 2002:131).

La ciudad acumuló también el poder del conocimiento letrado, científico y válido; desde ese conocimiento colonial se ha analizado y construido la imagen de los otros, entre ellos, por supuesto, de lo rural. Concebido desde un principio como una realidad destinada a cambiar para que dejara de ser lo que era, lo rural se convirtió en la otra cara de la moneda, en lo inferior, lo dual antagónico. “La sociología rural se mostró como expresión de la dominación sobre el campo [...] La sociología rural se presenta como resultado

² Al punto que, con frecuencia, se nombra a sus habitantes como ciudadanos y no como ciudadanos, lo cual confunde y genera exclusión de frente a la categoría de ciudadanía política.

que niega a su propio objeto” (De Souza Martins, 1986:33). En esa perspectiva, los modelos de desarrollo económico que definieron la intervención institucional, ubicaron el despegue de las sociedades a partir de la agricultura, como un factor que facilitara la dinámica industrial.³

La dominación sobre el campo avanza con ritmos acelerados y se profundiza en tiempos que marcan “[...] la frontera de una época histórica en la que se ha puesto en peligro la misma permanencia de la especie humana, conducida al abismo por un sistema ecocida y genocida, regido por el afán de lucro” (Vega, 2009:1), a favor de los intereses del gran capital, corazón de los modernos centros de poder en las grandes urbes. Ya sea en contextos de guerra abierta, como el colombiano, o en ausencia de éstos como en muchos otros países, de manera explícita y latente, se da una avanzada cada vez más agresiva desde el gran capital a las zonas rurales, en tanto reductos poseedores de múltiples riquezas vitales, aquellas que el mismo sistema ha expoliado y agotado. Usurpación de territorios y tierras, destierro y desposesión de miles de personas que luego se constituyen en mano de obra sometida, con miserables y esclavizantes empleos, definen un círculo perverso orientado a obtener ganancias en campos y ciudades. Ejércitos de trabajadores reclutados en Minas Gerais y esclavizados para las grandes haciendas y empresas mineras y agrícolas de Pará, Brasil (Rezende, 2004 y Bales, 2000); servidumbres por endeudamientos permanentes de familias campesinas a sus amos, sin libertad y sin jornal en la India (Bales, 2000); trabajadores sirios como obreros agrícolas temporales en los intensiva producción hortícola en la llanura Bekaa en el Líbano, en busca de un poco de dinero –que equivale a cuatro veces el de su país– para resolver sus necesidades, dinero que se queda parcialmente en los intermediarios del tráfico ilegal de mano de obra (Garçon y Zurayk, 2010); usurpación de por lo menos seis millones de hectáreas de tierra en Colombia y cerca de cinco millones de personas desplazadas y desterradas a la miseria citadina. Estos son apenas unos pocos ejemplos de la diversidad de

³ En particular, la teoría de la modernización propuesta por Rostow supuso varias etapas que iban de la sociedad tradicional, al despegue y la madurez, para llegar a una sociedad de alto consumo masivo.

formas en que la economía global somete, domina y explota una gran cantidad de personas en el mundo. “La nueva esclavitud se apropia del valor económico de las personas y las mantiene bajo control con amenazas, pero sin reivindicar su propiedad ni hacerse responsable de su supervivencia” (Bales, 2000:28) lo cual se traduce en un aumento de rentabilidad en donde el nuevo esclavo es un objeto más de consumo y de desecho.

Hay un largo trecho histórico que antecede la configuración de lo que hoy denominamos rural. Un camino construido por procesos económicos, políticos y culturales imperantes, por demandas y lugares impuestos y por continuas disputas en la función, sentido y posición que lo rural tiene en la sociedad. Un lugar que, como se afirma en este texto, es fuente de marcadores identitarios y de sentido para sus moradores, con un sentido muy diferente de aquél que le confiere el gran capital (Mançano, 2009). Revisitar tales identidades y sentidos de lo rural, retomando algunas diferencias tradicionales entre lo rural y lo urbano, para dar cuenta de los cambios ahí sucedidos y de factores que los propician, es el propósito de esta reflexión inconclusa. Qué es lo rural, ha sido la cuestión desde la cual se dialoga con hallazgos de diversos estudios; algunos, se sitúan en una Colombia marcada por el conflicto armado y muchos otros se mueven en el marco más amplio de las dinámicas sociales de interacción rural-urbana, asumiendo que la historia de los pueblos incluye sus guerras, pero es más que éstas.

La categoría rural es el eje conductor de esta reflexión, por su pertinencia para la discusión identitaria territorial que, reconociendo la multiplicidad de actores rurales, prioriza poblaciones campesinas, afro e indígenas, las cuales han reivindicado sus particularidades y diferencias. Sin embargo, hay que recordar que “campesinos y etnias colonizadas son conjuntos que se intersectan extensamente [...] habitan en las orillas y hunden sus raíces en los tiempos anteriores a las grandes separaciones y a las grandes inversiones” (Bartra, 2008:183).

Distribuido en seis partes el texto sitúa, inicialmente, algunas claves frente a las identidades rurales y dimensiones espaciales de la identidad rural, para discutir luego cuatro ámbitos interconectados: uno, la ocupación, la residencia y las autonomías relativas; dos, el paisaje y las idealizaciones urbanas y rurales; tres, las dinámicas socioculturales y sociabilidades comunitarias; y cuatro, las domi-

naciones y resistencias territoriales. Finalmente, se identifican algunos dilemas y tensiones resultantes de estos procesos de cambio.

IDENTIDADES RURALES Y DIMENSIONES ESPACIALES DE LA IDENTIDAD RURAL

El tradicional antagonismo entre lo rural y lo urbano se soporta sobre una dimensión que poco ha contado de manera explícita. Se trata de los imaginarios y las representaciones que tienen tanto los mismos moradores rurales, sobre aquello que podemos llamar su identidad rural, así como la que tienen los demás actores ciudadanos e institucionales sobre ellos. Sin duda, hay ahí un factor clave para dar cuenta de imaginarios anclados en el tiempo, que no actualizan las muchas dinámicas que se dan en el campo y que son los que orientan el tipo de relaciones, la posición y condición que se les asigna, así como las muchas decisiones y prácticas institucionales que los incluyen o excluyen (Salgado, 2002).

¿Cómo construimos socialmente al otro? La alteridad pasa por varios procesos. “El descubrimiento que el yo hace del otro, que a su vez es otro yo” (Todorov, 1999:13) está marcado por una serie de procesos internos de conocimiento en una gradación infinita. Primero, por un juicio de valor que tiene que ver con lo malo o lo bueno que yo reconozco en el otro y la ubicación en tanto superior o inferior a mí. Luego, se genera un acercamiento o alejamiento en relación con el otro, me identifico con él, asimilo el otro a mí o le impongo mi imagen; entre la sumisión al otro y la sumisión del otro hay un lugar que es la neutralidad y la indiferencia. Y, finalmente, conozco e ignoro la identidad del otro. Construir al otro, definirlo, calificarlo y situarlo, supone además un ejercicio de espejo, que refleja muchas de las debilidades y temores del yo que descubre (Todorov, 1999).

En este complejo proceso se tejen los referentes identitarios que definen de varias maneras a los pobladores rurales. En tanto construcción relacional, la identidad más que preguntar por quién soy yo, se cuestiona por quién soy a los ojos de los demás o cómo me gustaría que me vieran los demás (Larrain, 1999). En una combinación de autorreconocimiento y reconocimiento de los otros;

"[...] las identidades personales reciben su forma de las identidades colectivas culturalmente definidas, pero éstas no pueden existir separadamente de los individuos" (Larrain, 1999:222). Mediante la identidad se establece la relación entre un actor y los recursos colectivos del grupo social al cual pertenece. Es decir, la identidad se constituye en un marcador para la apropiación de tales recursos. En esa construcción del discurso del "nosotros" se recrea una memoria, que permite pensar en común un futuro que orienta las acciones. La identidad implica, entonces, un ejercicio permanente de establecimiento de fronteras, de inclusiones y exclusiones que mantienen su vigencia como fundamento y engranaje de las prácticas de sociabilidad en cualquier contexto humano.

La noción relacional de identidad implica dos ejes claves. Uno, la temporalidad, una dimensión más diacrónica, que comprende un tiempo largo histórico, presente en la memoria y un tiempo corto, vivido dentro de las experiencias y trayectorias de vida (Debuyst, 1998). El otro, el espacio, define tanto el posicionamiento y la movilidad de los actores sociales dentro de conjuntos geográficos, como las estructuras sociales y económicas, las instituciones y las organizaciones que definen los campos de relación y poder. Estos espacios conforman sistemas en una aproximación usualmente sincrónica, desde diversas escalas, pero con diferente ritmo histórico (Osorio, 2009).

Las identidades tienen un vínculo importante con el lugar y la construcción de un territorio, proceso que denominamos territorialidad. Los "referentes espaciales son para la identidad colectiva el equivalente del cuerpo para la identidad individual" (Di Méo, 2007:5). Los lugares tienen sentido no por ellos mismos, sino porque son depositarios de vivencias y recuerdos personales, es decir por el significado que construyen las personas que los habitan. La territorialidad no es algo acabado, sino un proceso continuo que se teje en la cotidianidad; es fuente de múltiples recursos que son apropiados, renovados y mantenidos.

Producir la identidad colectiva lleva con frecuencia a fabricar un mito movilizador que refuerza la imagen del grupo territorializado en tanto que totalidad unificada, más allá de sus diferencias reales. En ese proceso, el espacio territorializado juega siempre un rol mayor. Tiene la apariencia, la ejemplaridad de una realidad que se quiere concreta, plena y tangible (Di Méo y Buleón, 2005:47).

La relación entre el lugar y la construcción de referentes identitarios debe ser vista además, como una relación que da cuenta de una topografía del poder. De hecho, las comunidades originarias se han constituido como tales a partir de las interconexiones con otros lugares jerárquicamente organizados, más que como entes autónomos. Por ello, las formas como se distribuyen espacialmente las relaciones jerárquicas de poder permiten entender mejor “[...] el proceso a través del cual un espacio adquiere una identidad específica como lugar” (Gupta y Ferguson, 2008:237). En ese mismo sentido, Bourdieu (1993) precisó dos tipos de espacio: el espacio físico, que es el lugar y la localización, y el espacio social definido por la exclusión mutua o la estructura de posiciones sociales.

El espacio social se traduce en el espacio físico, pero siempre de manera más o menos difusa: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital, se manifiesta sobre el espacio físico apropiado a través de una cierta relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes y servicios, privados y públicos [...] es en esa relación entre la distribución de los agentes y la distribución de los bienes en el espacio, que se define el valor de las diferentes regiones del espacio reconstruido (Bourdieu, 1993:253).

Pese a que “somos en suma, seres de lugares” (Escobar, 2005:161), el lugar ha sido un tanto relegado en los estudios sociales. Urge “[...] reconocer que el lugar, el cuerpo y el ambiente, se integran unos con otros; que los lugares recogen cosas, pensamientos y memorias en configuraciones particulares; y que el lugar, un evento más que una cosa, es caracterizado por su apertura y no por una identidad unitaria” (Escobar, 2005:162). Se requiere una noción no esencialista del lugar, que insista en cómo se construye, imagina y lucha, reconociendo y valorando la movilidad e interacción entre lugares, con los cuales establecemos diversas relaciones de afectos y pertenencias. La desterritorialización que parece caracterizar el mundo moderno y la “condición generalizada de desarraigo” (Said, citado por Gupta y Ferguson, 2008) en donde las identidades se territorializan de diversas maneras, el aquí y el allá se cruzan de múltiples formas e, incluso, quienes se quedan en sus lugares, ven cómo éstos cambian de manera rápida, “resquebrajando la ilusión

de una conexión naturales y esencial entre cultura y lugar” (Gupta y Ferguson, 2008:240).

El lugar antropológico es el lugar inscrito y simbolizado, que se caracteriza por favorecer la identidad y por ser relacional e histórico, con memoria y cierta permanencia (Augé, 1996). Ese lugar antropológico tiene que ver profundamente con la práctica del habitar, que supone ser-estar-ahí, para configurar un sentido de lugar como referente de pertenencia colectiva, como ubicación en lo global y como sentido diferenciador con los otros. El lugar es, entonces, un estado situacional en el cual el ser se despliega, abre el espacio y funda su propia posibilidad, que se constituye en el encuentro mismo (Yory, 1999).

Organizar el espacio y construir un lugar son apuestas frecuentes en las prácticas colectivas e individuales rurales, en la medida en que tiene que ver con la gestión y renovación de sus recursos materiales y simbólicos, que constituyen sus estrategias de sobrevivencia.

El espacio es uno de los soportes privilegiados de la actividad simbólica. Lo perciben y valoran diversamente quienes lo habitan y le dan valor [...] El espacio vive así bajo la forma de imágenes mentales que son tan importantes para comprender la configuración de los grupos y las fuerzas que los excitan, como las cualidades reales del territorio que ocupan (Claval, 1982:25).

Los lugares son así productores de identidad, de poder y, a la vez, construcciones socioespaciales que adquieren sentido a partir de las prácticas, representaciones y experiencias de sus moradores. Una relación en doble vía que, además, se sitúa de manera conflictiva con las regiones y territorios más amplios de los cuales forman parte y que contribuyen a su delimitación y consolidación.

Si bien las identidades se pueden enraizar en realidades materiales como el lugar, no por ello son esenciales, fijas e inamovibles. La cuestión identitaria tiene extremos pantanosos que, exacerbados, pueden por una parte, excluir, construir muros, dividir y dominar y, por la otra, confinar, justificar lo existente, inmovilizar y condenar a grupos e individuos a mantenerse en su posición y condición de excluidos. Por ello, es necesario situar a la identidad en la confluencia entre memoria y acción, entre

pasado y futuro, con un peso de la historicidad, pero también con toda la capacidad de ajuste y su flexibilidad para modificarse a partir del actuar en el ahora. Dos dinámicas que se tornan contradictorias frente al dilema de seguir siendo pero, al mismo tiempo, cambiar.

Ese dilema puede ser más fácilmente resuelto cuando se definen algunas cuestiones en torno a la valoración que se tiene de sí mismo, de su vida y de su entorno y, desde ahí, se tejen futuros próximos y lejanos, como lo muestran experiencias de pobladores rurales. Buena parte de indígenas y afrodescendientes en Colombia, desde una perspectiva de pobladores ancestrales, han revalorizado dicho carácter para situarse de frente a los otros y demandar sus derechos, con un discurso étnico que se territorializa (Gros, 2000) y en un proceso que va “de la integración inferiorizante a la separación valorizante” (Agier y Carvalho, citados por Gros, 2000:83).⁴ Los campesinos, sin embargo, han estado marcados por una perspectiva de cambio orientado a la asimilación como ciudadanos, así sea marginales, en donde se ubica idealmente una mejor posición social. Ello ha llevado a imponer la idea de que para progresar y sufrir menos, es necesario salir del campo, dejar de ser morador rural. Si bien hay fundamentos empíricos frente a indicadores de nivel de vida y acceso a servicios, más que la salida se trataría de exigir unas condiciones dignas similares para quienes habitan el campo. Replanteamientos profundos en diversas experiencias nacionales dan cuenta de procesos interesantes. Es el caso, por ejemplo, de la Red de Reservas de la Cocha, la cual a su vez forma parte con otras mingas asociativas de la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC), en el departamento de Nariño. Ahí se ha tejido un movimiento importante de autovaloración en tanto pobladores de un territorio particular, en una dinámica que articula generaciones, para que los jóvenes “herederos del planeta” asuman y den continuidad a formas de vida que se muestran orgullosamente y que constituyen, sin duda, ejemplo

⁴La primera afirmación la hace Gros para Colombia y la segunda la hacen los autores citados para Brasil. Gros insiste en que esos dos países no son excepcionales en estos procesos y que en todos los casos parece ser una “condición de acceso a la ciudadanía”.

no sólo por los procesos sociales sino por el estrecho vínculo de éstos con el cuidado y disfrute de la naturaleza, como estrategia para construir soberanía alimentaria y proteger la biodiversidad. Se asumen como *diseñadores*, es decir, como aquellos que “diseñan su vida de acuerdo a sus propios sueños” (Revelo, 2007:362). Por supuesto, no son los únicos.

Un ejercicio reciente con jóvenes de cuatro municipios del país, mostró tendencias interesantes frente a la pregunta ¿qué es ser joven aquí? Además de la identidad etaria, señalaron referentes relacionados con la identidad territorial, marcados por el hacer y el quehacer de sus actividades cotidianas. Si bien identifican una mayor oferta de servicios, actividades y comercio de las ciudades, hay una tendencia importante a valorar su vida rural de forma positiva: “Para mí toda la vida el campo será lo primordial, ha sido toda la vida en el campo y el campo me ha dado todo [...] económicamente se me hace más fácil el campo que la ciudad, que uno tiene una mejor vida”.⁵ Hay una lectura crítica con respecto a las reales oportunidades laborales de la ciudad, pero se valora de la vida rural la autonomía económica y alimentaria. Además, se asignan una misión allí: “antes nuestros padres nos enseñaban a nosotros cómo cultivar la tierra ahora nosotros les vamos a enseñar cómo cuidar la tierra”⁶ (Osorio, Jaramillo y Orjuela, 2010).

Es necesario recordar que, si bien hay una frontera expresa, material y simbólica con lo urbano, al interior de lo rural existen diversos referentes identitarios en función de la situación, posición y condición de las personas. Género, edad, liderazgo, clase, etnicidad, entre otros, constituyen identidades rurales polifónicas, que tienen tensiones internas y que fluyen en una compleja dinámica de relaciones, interpelando los análisis planos y fragmentados que homogenizan y simplifican lo rural.

Las identidades rurales reclaman ser leídas como identidades plurales, multidimensionales y dinámicas, relaciones de pertenencia con lugares que superan el hecho mismo de habitar tales lugares en el presente y que, desde la evocación, se mantienen e incluso

⁵ Hugo, 16 años, Cómbita, Boyacá. Entrevista que forma parte del estudio realizado por Osorio, Jaramillo y Orjuela.

⁶ Samir, 14 años, Cómbita, Boyacá.

se fortalecen. Encontramos la *identidad rural vivida* cotidianamente, gozada y sufrida como parte de su pertenencia permanente a ese lugar, incluso por generaciones. También está la *identidad rural añorada*, que se vive con las migraciones, en donde lo rural se vive como dimensión espacial de la identidad, aun cuando no se habite. La *identidad rural buscada*, en donde situamos a los neorrurales y a aquellos que buscan lo rural por una razón funcional de comodidad y bienestar, habitando ahí como primera o segunda residencia, pero no sintiéndose parte, esquivando e inclusive menospreciando la sociedad rural. La *identidad rural asignada*, imputada según comportamientos, actitudes que son identificadas como rurales (usualmente con menosprecio) frente a los modismos, la forma de expresarse o vestirse, entre otros y que, como lo señala Di Méo y Buleón (2005), son muestra de estigmatización. Finalmente, encontramos una *identidad rural vergonzante* en donde los estigmas hacen mella y que Wacquant (2001) ha señalado como una estigmatización territorial,⁷ estigmatización de la cual se puede escapar o disimular fácilmente cambiando de lugar, emigrando, como ha sucedido históricamente.

Se ha afirmado aquí el peso fundamental de la dimensión territorial en las identidades rurales, que se expresa en múltiples prácticas y referentes, de los cuales nos ocuparemos en los próximos apartes. Dicha dimensión tiene diversos cursos y valoraciones que no sólo dependen de quienes ahí habitan, sino de los otros que los califican, ignoran, subordinan y deciden por ellos. En medio de una dominación avasallante generalizada, ha sido frecuente que el campo se reconfigure como un lugar de poca vigencia de los derechos, un lugar propicio para dominar y para usurpar. En los cuatro apartes siguientes se discutirán algunos factores que se señalan tradicionalmente como diferenciadores entre lo rural y lo urbano, para dar cuenta de múltiples traslapes, disputas y cambios, en medio de una persistente brecha.

⁷ Para el caso de las ciudades y que es pertinente para el caso rural.

OCUPACIÓN, RESIDENCIA Y AUTONOMÍAS RELATIVAS

La ocupación de los habitantes del campo ha sido una marca continua de referente rural, que pone en estrecho contacto el lugar, la naturaleza y las personas. Su trabajo con organismos vivos conlleva con frecuencia poco control de las condiciones y con frecuencia tiene reducidos procesos de transformación de lo ahí producido. Los habitantes de las ciudades se identifican más con una actividad de orden industrial, con un mayor control de los procesos (Sorokin y otros, 1986). Esta diferencia señalada reiteradamente, ha tenido cambios importantes por cuenta de la tecnología a la cual acceden agricultores con grandes capitales y excluye a la mayor parte de pobladores rurales. Sin embargo, conviene mencionar algunos ámbitos de cambio que matizan la polaridad ocupacional rural-urbana.

Por una parte, es bien reconocido que los moradores del campo tienen actualmente, una diversidad de actividades y ocupaciones. Si bien lo agropecuario es central en la labor rural, hay otras ocupaciones como la pesca, la minería y la artesanía, que han sido marginalizadas en la consideración de la vida rural. Según Perry y Lederman (2005), los hogares rurales reciben más del 40% e incluso el 50% del total de sus ingresos por concepto de actividades no-agrícolas.⁸

Sin embargo, la agricultura es una constante con implicaciones no sólo económicas, sino socioculturales y políticas. Efectivamente, el trabajo del campo exige unas cotidianidades distintas, unos ciclos de labores, unas demandas repetidas que construyen valoraciones, costumbres y relaciones particulares. Cada clima y sistema de producción requiere diversas habilidades, ritmos, tiempos, riesgos, relaciones comerciales y oportunidades. Conocimientos, prácticas, territorialidades y vínculos se incorporan profundamente en la rutina de la vida diaria y se interiorizan hasta constituirse en

⁸Buena parte de los estudios de la nueva ruralidad se refieren precisamente a la multifuncionalidad de los campesinos, a su pluriactividad y a las dinámicas que ello implica. Cf., por ejemplo Norma Giarracca (2002), que recoge análisis de diversos autores del grupo Clasco de Desarrollo Rural. Véanse, también, Gómez Sergio (2002) y Ávila Sánchez (2005).

marcadores identitarios inaparentes, que se evidencian cuando se dejan o pierden. Así, la capacidad de producir alimentos para su propio consumo y para el mercado interno, que va emparejada con una autonomía económica relativa y una posición en la sociedad, es señalada como el mayor cambio negativo que sufre la población desplazada por la violencia en Colombia, calculada en cerca de cinco millones de personas. Quienes hoy sufren el destierro, cuando habitaban el campo en condiciones de empobrecimiento, tenían un grado de autonomía relativa frente al mercado y resueltas de manera precaria muchas de sus necesidades básicas.

El desplazamiento reduce de manera vertiginosa a la miseria urbana a los millones de familias rurales, pobres pero con capacidad de autoabastecimiento. Pero además, los obliga a abandonar su territorio construido y con él, a dejar buena parte de su patrimonio social, sus recursos materiales y simbólicos. Perder la parcela, el rancho y sus pocas pertenencias, es perder también el sentido de aquellos referentes identitarios desde allí construidos (Osorio, 2007a).

Tales pérdidas se inscriben en un proceso de profundo reordenamiento del territorio colombiano rural y urbano, con un costo enorme para buena parte de la sociedad colombiana ya empobrecida, confirmando que las estructuras del espacio social “[...] no pueden ser modificadas sino al precio de un *trabajo de trasplante*, de una mudanza de las cosas y de un desarraigo o de una deportación de las personas, que supondrá para ellas mismas transformaciones sociales extremadamente difíciles y costosas” (Bourdieu, 1993:252).

Ya en la ciudad y desde una condición marginal, se han dado algunas experiencias de agricultura urbana orientada no sólo a generar alimentos y provocar también otro tipo de procesos sociales. “El desarrollo de la agricultura urbana por parte de los pobladores urbanos originarios del campo, muestra una lucha entre la identidad campesina y la vida en la ciudad” (Cantor, 2010:8); con ello se revaloriza la agricultura como fuente de autonomía, búsqueda que persiste en tiempos de destierro, como una autoafirmación de sus identidades añoradas. A partir de un estudio sobre agricultura urbana con inmigrantes rurales y con familias desplazadas por la violencia, se identifican tres elementos claves que pierden en la ciudad: la tranquilidad, la seguridad alimentaria y la autonomía. En

el campo se “consiguen las cosas fresquitas, las frutas [...] no toca comprar ni el café porque uno le tuesta”. “Uno se acuerda de todo, de mis flores, de mis matas [...] bañarse uno al pie de la quebrada con un balde”⁹ (Cantor, 2010:9). Producir alimentos, además de una actividad productiva, es una actividad con profundo sentido político. La cada vez más intensa demanda de productos orgánicos o limpios, está determinando una importante modificación en las prácticas tecnológicas agropecuarias, las cuales se orientan más a la calidad de productos cultivados. Garantizar alimentos sanos para el mercado interno, se constituye en un potencial que incluye lo económico, pero que lo supera, para reposicionar una actividad vital para la sociedad. Algunas experiencias muestran la búsqueda de alianzas directas entre productores y consumidores en el marco de otras formas de vida, de producción y de intercambio, que incluye la recuperación y canje de semillas.¹⁰

El ingreso de nuevos actores a espacios rurales para realizar actividades productivas, industriales, servicios de turismo, recreación y actividades de conservación ambiental, entre otras, amplía no sólo el marco de ocupaciones, sino los encuentros y disputas con los pobladores tradicionales. Estos nuevos actores generan un efecto modernizador en el espacio rural tradicional, imponiendo un nivel de especialización productiva, alta inversión de capitales, así como criterios de organización y de producción industrial. Ello conlleva repercusiones de tipo ambiental, laboral, incremento migratorio y agudización de desarrollos desiguales y desequilibrios regionales (Entrena, 1998). Uno de estos actores son las empresas agroindustriales quienes con frecuencia propician e instauran profundas disputas territoriales entre el capital y el campesinado, territorios distintos que “establecen relaciones sociales desiguales que promueven modelos opuestos de desarrollo” (Mançano, 2009:42). La pluralidad de territorios, sus traslapes y tensiones,

⁹ Los testimonios corresponden en su orden a: Dora, mujer de 60 años, desplazada, vive en el barrio Vista Hermosa, localidad de Ciudad Bolívar y María, mujer de 55 años, madre de un joven asesinado por el ejército nacional en lo que se ha conocido como “falso positivo”, quien vive en el barrio Domingo Laín, localidad de Ciudad Bolívar.

¹⁰ Véanse diversos ejemplos de resistencia [<http://semillasdeidentidad.blogspot.com>].

generan impactos diversos según el tipo de producto, sus cadenas de comercialización, su demanda de mano de obra y, en Colombia, también según sus vínculos con actores y dinámicas del conflicto armado. Productos como el banano y la palma han tenido prácticas e implicaciones con participación en el despojo en diversas zonas del país y en los conflictos laborales, provocando profundas modificaciones no sólo en la dinámica económica, sino también en la vida política local y regional (Osorio, 2010a).

En las fronteras de las grandes ciudades con el campo la floricultura se ha instalado reclutando principalmente mujeres como trabajadoras. Esta actividad económica orienta 98% de la producción a la exportación. Un fenómeno de ahí derivado, ha sido la urbanización creciente de pequeños municipios, la modificación en los cultivos tradicionales y el cambio sociocultural en municipios y asentamientos rurales. Las trabajadoras de las flores en la sabana de Bogotá, en una quinta parte habitan en la ciudad misma, pero también hay un grupo importante que reside en el sector rural. Todas ellas viajan diariamente desde los campos y ciudades, atravesando paisajes diversos, a los cultivos que desarrollan cerca de 250 empresas en los alrededores de Bogotá y que producen 86% de las flores dedicadas a la exportación. Estas dinámicas laborales generan prácticas territoriales que articulan en doble vía el campo y la ciudad, residencia y empleo, y que recomponen de manera constante fronteras entre uno y otro lugar, a partir de la movilidad cotidiana, los consumos, servicios y relaciones sociales (Reina y Camacho, 2006).

Ocupación y residencia constituyen referentes clásicos para autodefinir pertenencias de lugar. No obstante, tales referentes han estado cambiando a ritmos crecientes, cruzando, tejiendo y destejiendo identidades fijas, para constituir identidades territoriales que articulan y dan continuidad a espacios diferentes para habitar y laborar, con temporalidades variables en función de las escasas oportunidades de generar ingresos. Detrás de cada actividad se redefinen prácticas, pertenencias, representaciones y búsquedas de las cuales conocemos poco. Detrás de ellas, se fraguan apegos, nostalgias y sueños que resignifican polaridades aparentes de lugar y se esconden cotidianidades que marcan nuevas territorialidades, fronteras y puentes entre lo rural y lo urbano. Detrás de estos profundos cambios está la rápida territorialización del capital que

avanza y se impone sobre dinámicas productivas, socioculturales y políticas de campesinos, afrodescendientes e indígenas, arrinconándolos hacia los márgenes rurales, rodeándolos con su arrogancia competitiva para mostrar la no viabilidad económica que legitima su desaparición y reconfigurando las estructuras de poder que garantiza una correlación de fuerzas para resolver a su favor las disputas territoriales y ampliar su frontera.

PAISAJES E IDEALIZACIONES RURALES Y URBANAS

Nuestras vidas están marcadas por el ambiente físico que habitamos: los paisajes cotidianos, el clima y sus requerimientos en la habitación, el vestido, los productos, recursos, dinámicas sociales y ciclos de actividades. Las relaciones entre las personas y la naturaleza son un factor diferenciador importante entre los habitantes rurales y urbanos. Mientras los primeros tienen un espacio físico quizá más limpio, menos ruidoso y más amplio, con menos servicios y facilidades, buena parte de los segundos disfrutan los índices de bienestar más altos, al tiempo que sufren los impactos de las altas densidades, las restricciones espaciales, los taponamientos del tráfico, amén de la contaminación del aire, visual y auditiva. Aunque puede verse este como un costo necesario por el progreso de la sociedad, ello pone en evidencia la poca sostenibilidad del desarrollo industrial moderno.

Ahora bien. Tanto lo rural como lo urbano, son categorías que contienen importantes matices y diferencias. Los procesos de transformación del paisaje, que incluye criterios de densidad poblacional y ocupación, dan cuenta de una gama diversa, que podría ampliarse: *i*) Paisajes naturales, que son aquellos propios de los sistemas de conservación o de no intervención. *ii*) Paisajes manejados que se refieren a sistemas extractivos extensivos. Se afecta la composición pero no el funcionamiento básico del ecosistema. *iii*) Paisajes cultivados que corresponden a los sistemas de producción agrícolas, pecuarios, forestales y otros similares. *iv*) Paisajes suburbanos relacionados con los sistemas de asentamiento y sistemas de producción agrícolas y pecuarios. *v*) Paisajes urbanos que corresponden a sistemas fundamentalmente de asentamiento (Etter, 1994).

Los sistemas de asentamiento guardan en sí mismos una alta heterogeneidad que configura diversidad de prácticas sociales y de uso de recursos. La categoría urbana se vuelve entonces tan imprecisa como la rural, cuando nos referimos a Ciudad de México, Sao Paulo, Bogotá, Medellín, Cochabamba, Paipa y Turmequé, algunas totalmente desconocidas, que van de los dieciocho millones a las siete mil personas. Pero más allá del municipio mismo, el contexto regional define entornos para facilitar el encuentro o el aislamiento de sus pobladores, características que marcan con fuerza la construcción de las relaciones y prácticas sociales en cada lugar. Así, en Colombia encontramos departamentos como Guainía y Vaupés en la región amazónica, que tienen dieciocho y diecinueve mil personas en su totalidad, frente a otros como Antioquia con cinco millones y medio en la región Andina.

Y aquí una rápida referencia a las cifras y, sobre todo, a la forma en que se define qué es rural y qué es urbano, con todas las implicaciones en términos de redistribución de recursos y de participación política. En un cuarto de siglo, la distribución poblacional en América Latina cambió radicalmente. Mientras en 1970 la población rural era de 43%, en 1995 era del 27% (Celade, 1999). Para el Banco Mundial (BM), siguiendo los criterios de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), que incluye densidad poblacional y distancia a las principales ciudades,¹¹ en el 2005 el 42% de la población de la región era rural, aunque oficialmente sólo se reconociera el 24% como tal. Si sigue primando el criterio que disminuye la población rural, problemas rurales como la pobreza van a continuar subestimados. A nivel mundial se calcula que para el 2010 la población urbana mundial superará, por primera vez, la rural. El mayor cambio se ha producido en Asia, mientras que en África el proceso se demora por la caída en el índice de fertilidad. Mientras se incrementa la población urbana, la rural sufrirá un importante decrecimiento (Pozzi, 2010). Las migraciones internas, en toda su dinámica, tienen ahí un papel fundamental pese a la poca atención que se

¹¹ La OCDE define a la población rural con base en la densidad poblacional de menos de 150 habitantes por kilómetro cuadrado y más de una hora de viaje a las principales áreas urbanas (ciudades de 100 mil habitantes o más) (Perry y Lederman, 2005).

le ha prestado tanto para su comprensión, como para responder con políticas pertinentes y oportunas que favorezcan una mayor equidad.

Lo rural y lo urbano son entonces categorías construidas para relacionar y diferenciar dos tipos de territorios, cuyas fronteras no son ni diáfanos, ni fijas. Tales categorías son, sin embargo, construcciones sociales que surgen en lugares y tiempos determinados, con influencias históricas, geográficas, culturales e institucionales que crean representaciones positivas y negativas. Son categorías que definen a “los otros” y que también delimitan un “nosotros”; que diferencian y a la vez generan pertenencias y cohesiones internas. En ese proceso de conocer y reconocer hubo un gran desequilibrio, pues ha sido desde la ciudad que se ha designado, ignorado y catalogado al campo, con graves implicaciones para la distribución de los recursos, para la definición de rutas de bienestar, para las orientaciones del cambio y del papel de lo rural en el conjunto de la sociedad. Dicho ejercicio se ha impuesto contando con frecuencia con la legitimidad de los pobladores rurales, que aceptan y asumen el poder y el saber de la ciudad y de los ciudadanos. Este ejercicio interno de *colonialidad presente y constante*, reproduce las cargas de dominación y exclusión frente a la hegemonía y al poder de la ciudad y replica de manera profunda la relación centro-periferia. La enorme desigualdad frente a las condiciones de vida que sitúa lo rural como lo atrasado y como un lugar de carencias, supone asumir como característica inherente y connatural, las consecuencias de una relación secular dominante y excluyente. “Las falencias terminan asignando al sujeto y no al entorno social, al campesinado y no a las relaciones de poder creadas por el control sobre la vida política local, la propiedad de la tierra y las formas de presencia del Estado” (Salgado, 2002:13), las condiciones de exclusión y miseria que se convierten perversamente en referentes identitarios adicionales. El campo, en tanto categoría territorial, tiene como sinónimos en el imaginario propio y ajeno, las categorías de pobreza, carencia, aislamiento e ignorancia.

Se impone así el *espejismo urbano* que sigue empujando la migración rural-urbana. La ciudad vista como lugar de progreso y de bienestar general, esconde cómo ese proceso civilizatorio

urbano al que se ha referido Elías produce “descivilización” y también despacificación, desertificación, informatización y desurbanización (Wacquant, 2001). La pobreza difusa, residual y remediable que se identifica en las metrópolis occidentales, parece “ser cada vez de más largo plazo si no permanente, y está desconectada de las tendencias macroeconómicas” (Wacquant 2001:169). El empobrecimiento rural tradicional tiene su contraparte en la “miseria modernizada” de las ciudades y pareciera que esta última tiene un mejor estatus que la primera.¹² Diferentes tipos de pobreza cuya diferencia tiene que ver con la respuesta institucional o asistencia, pero también con “la protección y reconocimiento necesarios para su existencia social” (Paugam, 2007:223), van a conectar campo y ciudad: la pobreza integrada, que cubre una capa importante de la sociedad, en donde cabe la pobreza rural; la pobreza marginal que corresponde a una franja pequeña de la población y que es vista como desadaptación social; y la pobreza descalificadora, que afecta a personas antes perfectamente vinculadas con el mercado de trabajo y ahora fuera de éste, situación cada vez más frecuente (Paugam, 2007). La comparación entre pobreza urbanas y rurales se relaciona estrechamente con las prácticas de consumo, un nuevo criterio para ocupar un lugar social y para su clasificación. “Si en otra época ‘ser pobre’ significaba estar sin trabajo, hoy alude fundamentalmente a la condición de un consumidor expulsado del mercado” (Bauman, 2003:12) lo cual genera un “sentimiento subjetivo de insuficiencia” (Bauman, 2003: 69), marcado por el dolor, el estigma y la humillación.

Los límites cada vez más evidentes del crecimiento de las ciudades, como lugar sano y acogedor para la vida cotidiana, han abierto una nueva valoración de lo rural, como espacio proveedor por excelencia de fuentes vitales y limpias de aire, agua y alimento. ¿Puede este reconocimiento provocar una mayor equidad frente a los espacios rurales? Es posible, pero no es seguro. La codicia del capital por el botín genético y ambiental ahí existente, consi-

¹² La jerarquización de las miserias se extiende hasta la migración internacional, formando una cadena en donde parecería mejor “comer mierda gringa” (afirmación de uno de los protagonistas de la película colombiana *Paraíso Travel*) que pasarlo mal en su propio país.

derado como nueva mercancía estratégica acelera la urgencia de apropiación y disputa por estos recursos y por los territorios en donde se ubican. La nueva mirada al campo como reserva de la vida y a sus moradores como sus guardianes para la humanidad, revalorizan el papel de lo rural para la sobrevivencia del planeta, a la vez que impone una serie de intervenciones orientadas al destierro y al despojo con diferentes estrategias.

La crisis ambiental también incide en la migración urbano-rural.¹³ Presente en muchos lugares del mundo, pero sin ser masiva ni cuantitativamente importante, da cuenta de un movimiento en sentido contrario a las tradicionales migraciones del campo a la ciudad. Los denominados neorrurales movidos por el *espejismo rural* instalan sus residencias principales y secundarias en zonas cercanas a las ciudades, modificando el paisaje, las dinámicas de vecindario, los precios de la tierra y la vida cotidiana de los lugares. “La inconformidad con el modelo de vida urbano continúa motivando a ciertos habitantes de grandes y medianas ciudades a recuperar la ‘armonía perdida’ mediante su traslado permanente o temporal a ámbitos rurales” (Méndez, 2010:1). Sin embargo, la valoración de tales sociabilidades basadas en la solidaridad, la cercanía y la confianza que forman parte importante de la decisión de vivir en el campo, no siempre se constituye en una práctica de los nuevos moradores, quienes siguen con patrones individualizados aprendidos en la ciudad. Las relaciones entre actores diferentes en sus trayectorias, sus prácticas y cosmovisiones, constituyen un marco clave de relacionamiento para dar cuenta de “la existencia simultánea de múltiples actores [...] en continua relación, reconociéndose, negociando, compartiendo e intentando imponer, entre otras acciones, su propia versión de lo rural” (Méndez, 2010:14).

Se ha insistido aquí en la diversidad de paisajes y de conformaciones de lo rural y lo urbano que se transforman velozmente, en medio de continuas disputas territoriales y de sentido sobre uno y otro lugar. Si bien la constante ha sido el espejismo urbano del progreso que deja al descubierto la miseria urbana, también hay un espejismo

¹³ Véanse, por ejemplo, Nates, Beatriz y Stéphanie Raymond (2007) y Rivera, María Jesús (2007).

rural, que revaloriza dicho entorno a la vez que lo expone a nuevos riesgos y expoliaciones. Muchos cambios se dan sin movimiento físico de las personas, en lo que Jaramillo (1988) ha denominado urbanización sociológica del campo y que tiene su contrapartida en la ruralización sociológica de las ciudades; un entrecruce de prácticas de consumo, formas de vida y de sociabilidades, dinamizadas por la tecnología y las comunicaciones, en un proceso de recomposición incesante y rápida de realidades materiales y simbólicas en torno a lo rural.

DINÁMICAS SOCIOCULTURALES Y SOCIABILIDADES COMUNITARIAS

La polaridad rural-urbana se ha fundamentado en la relación antagónica entre lo tradicional y lo moderno, que viene desde el siglo XVIII con la Ilustración. Ésta se presentaba a sí misma como el “advenimiento de un mundo nuevo en el que la razón, la ciudadanía y el progreso tenían su imperio” (Bolívar, 2006:9) en contraposición con la cultura, en particular con la cultura popular, relegada al terreno de lo antiguo y distante, el lugar del pueblo ignorante, supersticioso, anclado a la tradición, a la tierra y carente de cualquier sentido de individualidad. La tradición es una creación y fruto de la modernidad que ésta rechaza. “Como si tal construcción de identidades no fuera de entrada un proceso político. Como si [...] la sociología siguiera pensando en la costumbre y la tradición como un punto de partida, como un dato establecido, y no como un campo de contienda” (Bolívar, 2006:10). Junto con la dicotomía tradicional-moderna, va la configuración de las relaciones centro-periferia del sistema mundo. “A fin de resolver las dificultades recurrentes de los estancamientos cíclicos, los capitalistas fomentan cada vez más una desruralización parcial del mundo” transfiriendo actividades económicas poco rentables hacia zonas rurales y atrayendo población rural hacia centros urbanos “por salarios que representan para ellos un aumento en sus entradas familiares, pero que en la escena mundial representan costos de trabajo industrial mínimos” (Wallerstein, 2007:143).

Por distintas vías se afirma un proceso casi “natural” de transición que tienen las comunidades rurales a constituirse o a asimilarse a las modernas ciudades. Redfield define lo rural-urbano como continuos

de una secuencia evolutiva y clasificatoria con tres estadios: la cultura folk, que son comunidades tradicionales pequeñas, homogéneas, analfabetas, acríicas y aisladas de la ciudad, con un gran valor por lo sagrado. Los campesinos, como categoría intermedia, tienen una urbanización primaria, surgen con las ciudades y como subordinados de éstas, con las cuales mantienen cierta integración. Y la cultura urbana, punto de llegada, con las transformaciones propias de la vida intelectual y las instituciones, en donde pesa la motivación individual y se da una liberación de las normas locales en el marco de una urbanización secundaria sin vínculos con el campo. Para Tönnies, el continuo rural-urbano va de la comunidad a la sociedad y supone el paso de aldeas a ciudades. Mientras la comunidad se mueve por la voluntad esencial, el linaje, la posesión y la tierra, comunismo doméstico que conlleva no sólo la producción en común sino a su consumo en la mesa, la sociedad constituye el paso a la cohesión social, donde la voluntad es más arbitraria, predomina la persona y las relaciones sin que medie la comunidad, el patrimonio, el dinero, ni el derecho de obligaciones (Jaramillo, 1986).

La subordinación del campo a la ciudad influye de manera importante en los patrones educativos, en el mapa de valoraciones y, por supuesto, en los sueños de millares de pobladores, por muchas generaciones. El desarrollo rural ha quedado orientado a cambiar un campo visto como obsoleto, en un ejercicio que no reconoce el campesinado como actor de desarrollo, sino como grupos homogéneos, ignorantes, simples e incapaces. Desde la ciudad se orientan programas y planes de intervención en las sociedades rurales, como simples objetos de cambio con un tratamiento diferencial en inversión, atención y prioridad, que excluye y margina el campo, confirmando a la ciudad como la única posibilidad de un mejor futuro. Todo ello fundamenta un mapa cognoscitivo y valorativo frente al cambio y a los paradigmas de la sociedad, con puntos de inicio y llegada homogeneizantes para todas las sociedades. Identificados como resistentes al cambio, los habitantes del campo se siguen percibiendo como diferentes de la sociedad moderna orientada hacia una conducta empresarial, basada en el lucro privado y en la acumulación de capital.

Sin embargo, el vínculo cercano y constante con los centros urbanos, las migraciones internas e internacionales desde zonas

rurales, el acceso cada vez mayor a medios de comunicación, han reconfigurado la rigidez y la ausencia de movilidad social, señaladas como característica de la vida rural. Realidades locales rurales con una migración internacional importante, configuran dinámicas de orden transnacional en donde pese a convivir en contextos distantes y muy diferentes, no se da necesariamente una separación o ruptura definitiva, sino que se reacomodan rutinas familiares en función de los encuentros virtuales, telefónicos y las visitas de los ausentes. Junto con las transacciones económicas y materiales entre las denominadas familias transnacionales (Ojeda, 2005) se transfieren ideas, valores, prácticas sociales y expresiones, que influyen tanto en las identidades individuales y colectivas, como en los modelos mismos de sociedad que se van construyendo (Osorio, Mejía y Restrepo, 2008).

Lo rural y lo local parecen concretar en buena medida una búsqueda constante: la comunidad, en tanto paraíso perdido o paraíso buscado y esperado. “Es como un tejado bajo el que cobijarse cuando llueve mucho, como una fogata ante la que calentar nuestras manos en un día helado. Ahí afuera, en la calle, acecha todo tipo de peligros [...] Aquí adentro, en comunidad, podemos relajarnos” (Bauman, 2001:III). La proximidad, la confianza y la solidaridad como añoranzas que dan seguridad en un mundo individualizante, “nos exige obediencia estricta a cambio de los servicios que nos ofrece o que promete ofrecernos” (Bauman, 2001:VIII), definiendo una relación irreconciliable entre seguridad y libertad. Retomando a Redfield y los atributos que él propone de la comunidad como distintiva, pequeña y autosuficiente, Bauman señala los riesgos de homogeneidad y mismidad que éstos crean, al tiempo que llama la atención sobre el peso que tiene el acceso a la información actual, hecho que impide trazar y sostener la frontera entre el interior y el exterior de la comunidad. Agudo crítico de la identidad, señala que ésta es un “mero sucedáneo” de la comunidad, que la quiere sustituir. “La identidad brota en el cementerio de las comunidades, pero florece gracias a la promesa de la resurrección de los muertos” (Bauman, 2001:10). La descalificación universal de lo identitario hecha por Bauman, deja de lado traslapes entre comunidad e identidad, que dan muestra tanto de una persistencia de la comunidad sobre la cual se asientan y resignifican construcciones identitarias preexistentes, quizá subestimadas. Es el caso de

comunidades indígenas, afro y campesinas en Colombia y en el mundo entero, las cuales además de mantener en buena parte su carácter de comunidad –efectivamente con la tensión entre libertad y seguridad–, recuperan la dimensión identitaria para fortalecer dichos procesos y potenciarlos hacia dinámicas de autonomía política, como lo veremos en el quinto aparte.

Son más los cambios evidentes y silenciados que se han dado en las dinámicas rurales, que los efectivamente reconocidos, ello muestra una continuidad en los imaginarios de lo rural que siguen anclados a percepciones polares. Los mitos sobre la simplicidad del campo y la complejidad urbana, junto con la visión evolucionista unidireccional mantienen la subestimación y sometimiento del campo. Si bien es cierto que “algo urbano se extiende por el mundo más allá de las ciudades” (Silva, 1999:195), se puede afirmar igualmente que algo rural se expande por el mundo. Lo rural supera el campo mismo con los imaginarios positivos y negativos que tiene la sociedad; el sentido de lo rural se contrasta con el vacío de la sociedad de consumo y con las crisis de recursos vitales. “Al alba del tercer milenio nos desmañamos con una Gran Crisis que al parecer demanda la colaboración de los labriegos. Así, las más diversas voces han señalado que sin los pequeños y medianos productores rurales no será posible superar los retos ambientales, alimentarios y energéticos” (Bartra, 2011:15). Las valoraciones de lo rural van y vienen con las personas y sus dinámicas migratorias, independientemente del lugar urbano o rural que habiten. Comprender ritmos diversos de cambio desde las historias y percepciones de los actores rurales, es una tarea clave que va de la mano con las persistentes búsquedas de la comunidad como paraíso perdido.

DOMINACIONES Y RESISTENCIAS TERRITORIALES

En las lecturas clásicas que diferencian lo rural de lo urbano, es poco identificada la dimensión política.¹⁴ Si bien la mirada de larga

¹⁴ Teodor Shanin en su obra *La clase incómoda* (1972), en su Apéndice A, El campesinado como factor político, le dedica un espacio a estas reflexiones muchas de las cuales tienen vigencia.

duración señala una permanente subordinación política del campo con respecto a las ciudades, la misma da cuenta de una presencia activa de luchas directas en el campo y de articulación con otros procesos de orden más amplio nacional y, más recientemente, de carácter internacional. Algunos estudios se han ocupado de mostrar cómo en las revoluciones insignes de la historia han participado los campesinos y pobladores rurales.¹⁵ Junto con el reconocimiento de tales hechos, se señala la función esencialmente trágica del campesino: “[...] sus esfuerzos por eliminar el oneroso presente sólo desembocan en un futuro más amplio e incierto. No obstante aunque es trágico, también está lleno de esperanza” (Wolf, 1972:409).

El acceso a los recursos y particularmente a la tierra, sigue marcando relaciones de subordinación en zonas rurales, dado que ésta no sólo produce renta económica, sino que genera una importante renta política y sociocultural. De ahí que la democracia política en el papel se vuelve añicos cuando se estrella con una flagrante antidemocracia económica, derivada de la concentración de la tierra. Es indudable que muchas de las relaciones de producción en el campo, basadas en la alta explotación de la mano de obra, llevan aparejadas relaciones sociales y políticas de dominación. Cada vez es más evidente que “quien nace de padres pobres, seguramente morirá pobre” y la pobreza más severa se encuentra en el campo. Con tan bajos niveles de democracia económica, la democracia política en el campo y en la sociedad seguirá siendo esquiva.

Los procesos concretos de habitar un lugar se tejen a partir de las prácticas cotidianas, valoraciones y relaciones que, en comunidades históricamente territorializadas, generan relaciones muy fuertes que nutren demandas y acciones colectivas de los pobladores. Los habitantes rurales siguen manteniendo luchas ancestrales por la tierra, asumida como madre y fuente de vida. La topofilia entendida por Tuan como “el conjunto de relaciones emotivo-afectivas que ligan al hombre a un determinado lugar” (Yory, 1999:53), junto con el factor productivo, ayudan a explicar

¹⁵ Véanse, por ejemplo, Moore (1985), Wolf (1972), Skocpol (1984), Landsberger (1978), Quijano (1967) y Mallon (2003).

la fuerza política de grupos rurales, desde y por sus lugares, por su terruño actual, soñado, expoliado, abandonado. Indígenas U'wa en el oriente de Colombia amenazaron con el suicidio colectivo, si se avanzaba en la perforación para la extracción de petróleo. Afrocolombianos del Corregimiento La Toma, municipio de Suárez, Cauca, se han enfrentado a inminentes desalojos por parte del Estado, el cual ha otorgado concesiones mineras a empresas trasnacionales; con ello se les arrebató su ancestral explotación de oro, que se remonta a mediados del siglo XVII. Campesinos desplazados de San José de Apartadó constituidos como comunidad de paz, reclaman su autonomía a todos los grupos armados, incluyendo las fuerzas estatales, repetidamente comprometidas con la persecución y asesinato de sus miembros. Todos ellos tienen en común una estrecha relación con la tierra y el territorio, que les da sentido como colectivos en el presente y que define su existencia en el futuro inmediato. Perder esos territorios, es perder también su lugar en la sociedad y equivale a dejar de existir (Osorio, 2007).

Desde una perspectiva geopolítica que asume que el poder es diverso, heterárquico y pluritópico, se reafirman las lecturas sobre los espacios de poder y el poder de los espacios (Piazziani y Montoya, 2008).

La cuestión no se limita a establecer cómo los poderes se expresan y manifiestan a través del control del espacio [...] sino que aspira a comprender la manera en que las espacialidades, entendidas como formas de producción social del espacio, pueden incidir de manera severa en la dinámica de las relaciones de poder (Piazziani y Montoya, 2008:8).

“Espacializar la resistencia” da cuenta de que las prácticas de los movimientos sociales y el espacio se constituyen entre sí (Oslender, 2008). En tanto comunidades territorializadas, los pobladores rurales actúan desde los márgenes, con otras maneras y otras estrategias que no siempre son reconocidas y valoradas por quienes estudian y analizan las realidades rurales (Zibeche, 2007). A comienzos del siglo XXI hay un reconocimiento de los procesos políticos que sitúan lo rural y los pobladores rurales como fuentes de dignidad y de nuevas búsquedas no solamente en sus fines

políticos, sino en las formas en que se construyen y desarrollan, así como en sus repertorios.¹⁶ Sin embargo, son procesos huidizos a las usuales categorías con que se identifican, reconocen y legitiman las acciones colectivas y desafían dicho conocimiento con sus realidades.

No son movimientos sociales modernos y tampoco son posmodernos, en tanto están lejos de comulgar con los principios del mundo occidental, racional hegemónico [...] Son profundamente políticos y no son partidos, son profundamente revolucionarios y no son grupos guerrilleros marxistas-leninistas, están fuertemente enraizados en un territorio local y son movimientos de impacto local [...] trastocan el sentido político de la autonomía pues creen que la autonomía no es una solución política exclusiva para ellos sino para todos (Ferro, 2007:9).

Muchas de las dinámicas reivindicativas rurales están relacionadas con los recursos básicos de las comunidades rurales. La preocupación por la sostenibilidad planetaria presente y futura, y también el cálculo económico de tales recursos en un futuro próximo, refuerzan su carácter estratégico y la ambición de grandes trasnacionales. Como lo explica Porto-Gonçalves, el nuevo discurso de la escasez, esta vez planteado a nivel global, ha justificado la adopción de políticas dirigidas a mejorar la eficacia del aprovechamiento del agua, políticas de precios y el procesos de privatización, funciones delegadas a las denominadas empresas del medio ambiente, en el marco de un modelo mercantilista que transforma el destino del agua y sus destinatarios (Porto-Gonçalves, 2006:5). El mismo autor en un estudio sobre los Seringueiros¹⁷ en el Brasil, del cual fue líder Chico Méndez, símbolo del movimiento ecologista, señala cómo cobra existencia el lugar en tanto identidad político-cultural, al enfrentarse con un proceso de cambio radical en las relaciones con la naturaleza que iba en contra de la selva misma. El hábitat adquiere un significado particular para vivir por la selva, que da lugar a un proceso de territorialización con un profundo

¹⁶ Algunas de estas aproximaciones se pueden ver en Scott (2000); Alasru (2005); Porto-Goncalves (2001), Oslender (2008) y Piñeiro (2004).

¹⁷ Nombre tomado de la siringueira, árbol de caucho, *hevea brasiliensis*, de donde se extrae la seringa o látex.

significado en sus relaciones socioespaciales (Porto-Gonçalves, 2001). El territorio se erige en el lugar de la diferencia, de la alteridad sociocultural, afirma una forma de vida y reconfigura sus múltiples relaciones; desde ahí se confrontan los intereses del mercado mundial.

Se ha enfatizado aquí en el papel fundamental que desempeña el sentido de lugar en los procesos de resistencia, las iniciativas para fortalecer sus vínculos sociales y la reivindicación de las poblaciones rurales. El lugar se constituye en amalgama que da fuerza para enfrentar la dureza de los conflictos y disputas, en una correlación de fuerzas que no las favorece. El lugar como territorio cotidiano, concreto, pero también el territorio perdido y soñado, ofrece un soporte para las luchas sociales rurales en la medida en que se configura simultáneamente en escenario, fin y medio de las mismas.

DILEMAS Y TENSIONES CON RUMBOS INCIERTOS

La diferencia rural-urbano sigue vigente en las sociedades latinoamericanas, acompañada de la inequidad y de relaciones de superioridad que impone la ciudad, que se auto-representa como ideal de vida y de sociabilidad. Se mantiene una intención constante de modificar lo rural para modernizarlo dentro de modelos preconcebidos, a partir de imaginarios que no se corresponden con los procesos, las necesidades y los requerimientos de quienes ahí habitan. La soberbia y el poder del conocimiento usualmente localizados en las ciudades, han configurado una serie de imaginarios y representaciones con respecto a lo rural y a sus habitantes, que deben ser reelaborados y actualizados con miras a construir relaciones horizontales y equitativas entre sociedades rurales y urbanas. Para ello, es necesario reconocer el protagonismo de los propios moradores rurales, con todas sus tensiones, dilemas e intereses, como los tiene cualquier sociedad. Preguntarnos por las representaciones e imaginarios que subyacen a la secular subordinación rural, invita a movernos por espacios poco explorados como la literatura, la música, el cine, la poesía y la pintura. Tales expresiones recogen de manera más profunda y compleja una serie de manifestaciones y de planteamientos que dan

cuenta de actores, épocas, cambios y continuidades de estereotipos, estigmas y esquemas de relacionamiento, fundamentales para considerar los esquemas mentales sobre los cuales se sitúan las relaciones y prácticas sociales.

Se esbozan ahora, a manera de cierre inconcluso, algunos dilemas sobre los cuales se sitúan las perspectivas sobre lo rural, que dan cuenta de tendencias, desafíos e intereses, que guardan claves tanto para legitimar una resignificación digna de lo rural, como para justificar nuevas subordinaciones:

- Homogeneización frente a heterogeneidad: los actores, procesos y relaciones en el campo, al igual que en la ciudad, son muy diversos. Además de campesinos y colonos, los grupos con referentes étnicos y los nuevos habitantes rurales procedentes de las ciudades, confieren rutas disímiles. Avanzar en la definición autónoma de lo rural requiere de una lectura crítica de sus pobladores para afinar referentes básicos de semejanza interna frente al resto de la sociedad, con miras a diferenciarse y a la vez cohesionarse, referentes que tienen que ver con su comprensión y posición frente a las dinámicas de asimilación y diferenciación. Buena parte de las experiencias conocidas permiten inferir que este es un proceso vertebral para reconfigurar el sentido de lo rural, desde quienes lo habitan, para posicionarlo y reivindicarlo en el conjunto de la sociedad.
- Tradición frente a transformación: nos referimos a la tensión constante entre mantenerse fiel a su tradición y su historia y, a la vez, adecuarse y transformarse en medio de los cambios del conjunto de la sociedad y de las nuevas exigencias e intereses de sus propios miembros. La reconfiguración de las identidades rurales se teje como las otras identidades, a partir de la memoria colectiva; una suerte de construcción de las representaciones compartidas que dan vida y fortalecen las acciones colectivas, para construir también perspectivas de futuro colectivo. “Si la memoria colectiva sirve para establecer la identidad de los grupos, ella se presenta igualmente como un instrumento político de reconocimiento permitiendo introducir una relación de poder entre los grupos sociales” (Viaud, 2002:29). La cuestión está en los ritmos y costos de tales persistencias y cambios buscados e inducidos. Pero también incluye tensiones entre los

actores, en especial con las nuevas generaciones y las propias lecturas de sus referentes identitarios, en tanto moradores del campo.

- Subordinación frente a resistencia: este dilema se sitúa entre las apariencias y las evidencias y remite a los códigos y categorías reconocidos y legitimados en uno u otro caso. No siempre hay una actividad evidente, explícita y directa, lo cual no necesariamente equivale a subordinación o apatía. Más allá de los hechos aparentes, se requiere comprender los procesos con sus latencias y explosiones, en donde las miradas de largo plazo ofrecen mayores perspectivas. A la vez conviene mirar, como lo propone Zibechi (2007), los ecos del subsuelo, aquellos procesos silenciosos que dan cuenta de un continuo movimiento que nuestros propios esquemas de comprensión no permiten reconocer.
- Estigmatización frente a idealización. Lo rural ha estado señalado como un lastre que debe modificarse y, a la vez, como la esperanza de un continente. Campesinos, indígenas y afrodescendientes rurales han sido identificados como obstáculo para los procesos de transformación social y a la vez reconocidos como fuerza social, fuentes de sentido, de raíces y de utopías para el futuro del continente, dado el papel protagónico que han desempeñado en procesos políticos nacionales como los de Bolivia y Ecuador. Han sido señalados como depredadores de los recursos ambientales y a la vez llamados a ser los guardianes de los mismos para bien de la humanidad. Uno y otro polo conlleva riesgos perversos, en la medida en que construye imaginarios generalizantes, que impiden lecturas temporalizadas y territorializadas de cada proceso.
- Soberanía y calidad alimentaria frente a dependencia y cantidad alimentaria: los pobladores rurales tienen a su favor ser depositarios de la sobrevivencia humana, al ser proveedores de la vida a partir del alimento, un papel social y político estratégico en la sociedad. Soberanía y calidad alimentaria son dos demandas fundamentales que comienzan a ser claves para reposicionar el papel de lo rural y de sus pobladores, en disputa con el avance industrial y tecnológico para producir comida abundante aunque con dudosa calidad. La dificultad para hacer posible la producción de grandes volúmenes de alimentos

de manera sana y sostenible juega a favor, nuevamente, de producciones más modestas pero más cuidadosas, que sigue quedando en manos de una gran cantidad de pequeños productores.

- Identidad local y rural frente a globalización. En medio de los procesos de globalización cada vez más profundos y ampliados, la reafirmación de lo local, de lo rural, del terruño y de lo propio se impone en simultánea. Esta glocalización, como ha sido llamada esta doble dinámica aparentemente contradictoria, puede leerse como una tensión contemporánea en el marco de la homogenización que se impone desde lo global y la cultura de masas, frente a lo diverso y lo particular que supone lo local. Dado que se “[...] ha acabado la mayoría de puntos de referencia constantes y sólidamente establecidos que sugerían un entorno social más duradero, más seguro y más digno de confianza” (Bauman, 2001:41), lo local y lo rural recobran sentidos de lugar, no exentos de contradicciones entre libertad y seguridad, entre cambio y tradición.

La amenaza de extinción, de no viabilidad de los pobladores rurales y de lo rural por parte de un capitalismo arrasador que, ante el agotamiento urbano industrial pone su atención en territorios antes subestimados y olvidados, constituye una concreción importante de la crisis civilizatoria que se cierne sobre el mundo. Y en esa crisis la conexión estrecha entre lo que sucede en la ciudad y en el campo queda al descubierto:

[...] la pauperización urbana está en gran medida en el producto de la crisis del mundo de los campesinos desintegrado o en vía de estarlo [...] La cuestión campesina [y agregaríamos que la cuestión rural], sigue siendo, pese a lo que se dice, en el corazón de la problemática contemporánea, precisamente porque las respuestas que le serán dadas determinarán de una manera decisiva el futuro no solamente de las sociedades en cuestión sino del sistema mundial en su conjunto (Amin, 2005:354 y 358).

El proceso es generalizado a nivel mundial y, en muchos casos como el colombiano, está atravesado por profundos ejercicios de violencia y eliminación física de las poblaciones rurales para imponer los cambios.

La “contradicción externa de lo que supone la transformación del hombre y la naturaleza como ‘mercancías ficticias’” (Bartra, 2009:8) ha producido una devastación de la sociedad y de los ecosistemas, irreversible en muchos casos, que tiene múltiples evidencias en espacios rurales. El antagonismo rural-urbano heredado de concepciones duales del mundo, impide no sólo dar cuenta de la enorme y rica diversidad en uno y otro ámbito, sino de las relaciones de reciprocidad reales y potenciales, que pueden contribuir a reconfigurar una sociedad más justa y equitativa, en donde se afirmen diferencias sin trasladarlas a desigualdades y se avance por el camino del reconocimiento y la redistribución. En ese desafío, las identidades rurales en perspectiva territorial constituyen una dimensión que articula naturaleza, cultura y política, una valiosa fuente para la afirmación y búsqueda de supervivencia y autonomía. Quizá esa reafirmación de identidades territoriales pueda contribuir en estos tiempos de incertidumbre y cambios arrasadores, a dirimir a favor de campesinos, afrodescendientes e indígenas, las disputas por el sentido, el uso y la propiedad de sus lugares y de sus prácticas de habitar, que constituyen el sentido profundo de su existencia colectiva, como lo afirma don Misael:¹⁸

No es posible que en un país con tanta riqueza y con tanta tierra, haya tanta pobreza. La tierra es para que la vida de nosotros sea digna, pero el sistema no nos lo permite. Estamos entregándole lo nuestro al capital, pero nos ha tratado mal porque nos desconoce. Debemos recuperar lo nuestro para ser libres. Teniendo el territorio tendremos vida.

¹⁸ Líder campesino de Las Pavas, un predio del municipio El Peñón, departamento de Bolívar, Colombia, de la cual 120 familias han sido expulsadas repetidas veces por diversos actores armados. El último desalojo lo hizo el ejército nacional el 14 de julio de 2010, en el marco de un litigio por los títulos de propiedad con una empresa de palma.

BIBLIOGRAFÍA

- ALASRU (2005), *Revista ALASRU*, nueva época, Análisis latinoamericano del medio rural, núm. 2, "Movimientos sociales en América Latina", Chapingo, ALASRU.
- Amin, Samir (2005), *Les luttes paysannes et ouvrières face aux défis du XXI^e siècle*, Sous la direction de Samir Amin, París, Les Indes savantes.
- Augé, Marc (1996), *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- Ávila Sánchez, Héctor (coord.) (2005), *Lo urbano rural, ¿nuevas expresiones territoriales?*, Cuernavaca, UNAM.
- Bartra, Armando (2008), *El hombre de hierro*, México, UACM/Itaca/UAM.
- (2009), "La gran crisis", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 15, núm. 2, mayo-agosto [<http://www.scielo.org.ve/pdf/rvecs/v15n2/art26.pdf>], fecha de consulta: 16 de mayo de 2010.
- Bartra, Armando (2011), "Todas las crisis, las crisis", ponencia presentada en el Seminario internacional *Mundos rurales y transformaciones globales: desafíos y estrategias de respuesta*, Bogotá, Universidad Javeriana.
- Bauman, Zygmunt (2001), *Comunidad*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- (2003), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- Bales, Kevin (2000), *La nueva esclavitud*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre (1993), "Effets de lieu", en Bourdieu, Pierre (dir.), *La misère du monde*, París, Editions du Seuil.
- Bolívar, Ingrid (2006), "Identidades y Estado: la definición del sujeto político", en Bolívar, Ingrid (ed.), *Identidades culturales y formación del Estado en Colombia*, Bogotá, Ediciones Uniandes.
- Cantor, Kelly (2010), "Agricultura Urbana... ¿Identidad campesina y sostenibilidad?", *Revista Cuadernos de Desarrollo Rural. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales*, en proceso de publicación, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- Celade (1999), Boletín demográfico núm. 63, enero 1999. América latina: población total, urbana y rural y porcentaje urbano, por países [<http://www.eclac.org/celade/publica/bol63/BD6311.html>], fecha de consulta: 15 de abril de 2010.
- Claval, Paul (1982), *Espacio y poder*, Fondo de Cultura Económica, México.
- De Souza Martins, José (1986), *Introducao Crítica a la Sociologia Rural*, Colecao Estudos Rurais, Sao Paulo, Editora Hucitec.
- Debuyst, F. (1998), "Espaces et Identités: Propositions interpretatives", en *Amérique Latine. Espaces de pouvoir et identités collectives*, bajo la dirección de Frédéric Debuyst e Isabel Yépez del Castillo, Institut d'Etudes du Développement, Université Catholique de Louvain, París, L'Harmattan.

- Di Méo, Guy (2007), "Identités et territoires: des rapports accentués en milieu urbain ?", *Métropoles*, 1, Varia [<http://metropoles.revues.org/document80.html>], fecha de consulta: 12 de junio de 2008.
- Di Méo, Guy y Buleón, Pascal (2005), *L'espace social*, París, Armand Colin.
- Entrena Durán, Francisco (1998), *Cambios en la construcción social de lo rural*, Madrid, Tecnos.
- Escobar, Arturo (2005), *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*, Bogotá, ICANH.
- Etter, Andrés (1994), "Consideraciones acerca de la agricultura sostenible", en *Ambiente y Desarrollo*, IDEADE, año 2, núms. 2 y 3, mayo-septiembre, Bogotá, Universidad Javeriana.
- Ferro, Juan Guillermo (2007), "Caminando la palabra: el proceso emancipatorio del movimiento nasa del norte del Cauca", tesis doctoral en Estudios Latinoamericanos, México/Colombia, UNAM.
- Garçon, Lucile y Zurayk, Rami (2010), "Los campos modernos", *Le Monde Diplomatique*, Edición Colombia, año VIII, núm. 93, septiembre.
- Giarraca, Norma (comp.) (2002), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Buenos Aires, Clacso.
- Gómez, Sergio (2002), *La "nueva ruralidad": qué tan nueva?*, Chile, LOM Ediciones Ltda.
- Gros, Christian (2000), *Políticas de la etnicidad. Identidad, Estado y memoria*, Bogotá, ICANH.
- Gupta, Akhil y Ferguson, James (2008), "Más allá de la 'cultura': espacio, identidad y las políticas de la diferencia", *Antípoda*, núm. 7, julio-diciembre, Bogotá, Universidad de los Andes.
- Herrera, Marta (2007), *Ordenar para controlar*, Medellín, La Carreta editores.
- Jaramillo, Jaime Eduardo (1986), *Tipologías polares*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- (1988), *Estado, sociedad y campesinos*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- Landsberger, Henry (ed.) (1978), *Rebelión campesina y cambio social*, Barcelona, Crítica/Grijalbo.
- Larrain, Jorge (1999), "Identidades religiosas, secularización y esencialismo católico en América Latina", en Garretón, Manuel Antonio (coord.), *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*, Santafé de Bogotá, Convenio Andrés Bello, Tercer Mundo Editores.
- Lefebvre, Henri (1978), *De lo rural a lo urbano*, Barcelona, Ediciones Península.
- Malassis, Louis (2004), *L'épopée inachevée des paysans du monde*, París, Fayard.

- Mallon, Florencia (2003), *Campesinos y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán.
- Mançano, Bernardo (2009), "Territorio, teoría y política", en Lozano, Fabio y Ferro, Juan Guillermo (eds.), *Las configuraciones de territorios rurales en el siglo XXI*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana
- Méndez, Marlon (2010), "Interacciones, solidaridades y disputas entre 'llegados' de procedencia citadina y pobladores 'originarios del campo'", *Cuadernos de Desarrollo Rural*, Bogotá, Universidad Javeriana.
- Ojeda, Norma (2005), "Familias transfronterizas y familias transnacionales: algunas reflexiones", *Migraciones Internacionales*, año/vol. 3, julio-diciembre, núm. 002, Tijuana, Colegio de la Frontera del Norte.
- Moore, Barrington (1985), *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península.
- Nates, Beatriz y Stéphanie, Raymond (2007), *Buscando la naturaleza. Migración y dinámicas rurales contemporáneas*, México, Anthropos/ Universidad Autónoma Metropolitana.
- Oslender, Ulrich (2008), *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano*, Bogotá, ICANH.
- Osorio, Flor Edilma, (2007), "Pobladores rurales, prácticas políticas y construcción del territorio. Una revisión de algunas fuentes bibliográficas clásicas y contemporáneas", Informe de investigación sin publicar, Bogotá, Universidad Javeriana.
- (2007a), "'Allá se sufre mucho... pero se vive mejor', Identidades campesinas desde lo perdido: los desplazados y sus percepciones", ponencia presentada en XII Congreso de Antropología en Colombia, Simposio: ¿Quiénes son los campesinos hoy? [http://www.icanh.gov.co/recursos_user//alla%20se%20sufre%20mucho.pdf].
- (2009), *Territorialidades en suspenso: entre sobrevivencia y resistencia, identidades y territorialidades en suspenso*, Bogotá, Codhes, Colciencias.
- (2010a), "Palmicultura, paramilitarismo y resistencias. Una perspectiva regional desde el caso colombiano", artículo elaborado en el marco del Grupo de Desarrollo Rural de Clacso (en prensa).
- Osorio, Flor Edilma, William Mejía y Gloria Restrepo (2008), "De productor de café a pueblo emigrante. Experiencia migratoria internacional y su incidencia en el desarrollo del municipio rural de Córdoba, Colombia", Informe de Investigación, Alma Mater, Universidad Javeriana.
- Osorio, Flor Edilma, Olga Elena Jaramillo y Amanda Orjuela (2010), "Jóvenes rurales: identidades y territorialidades contradictorias. Algunas reflexiones desde la realidad colombiana", ponencia presentada en el V Encuentro internacional del Grupo Clacso "Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina", Quito, 21 a 23 de abril.

- Paugam, Serge (2007), *Las formas elementales de la pobreza*, Madrid, Alianza Editorial.
- Perry, Guillermo y Lederman, Daniel (2005), *Más allá de la ciudad: la contribución del campo al desarrollo*, Banco Mundial, América Latina y el Caribe [<http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/BANCOMUNDIAL/EXTSPPAISES/LACINSPANISHEXT/>], fecha de consulta: 18 de junio de 2007.
- Piazziani, Carlo Emilio y Montoya, Vladimir (2008), *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*, Medellín, La Carreta editores.
- Piñeiro, Diego (2004), *En busca de la identidad. La acción colectiva en los conflictos agrarios en América latina*, Buenos Aires, Flacso.
- Porto-Gonçalves, Carlos (2001), *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI Editores.
- (2006), “El agua no se le niega a nadie” [www.scribd.com/doc/], fecha de consulta: enero de 2007.
- Pozzi, Sandro (2010), “El mundo se hace urbano” [http://www.elpais.com/articulo/sociedad/mundo/hace/urbano/elpepusoc/20100405elpepusoc_5/Tes], fecha de consulta: 11 de abril de 2010.
- Quijano, Aníbal (1967), “Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina”, en Lipset, S.M. y Solari, A.E., *Élites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
- Reina, Manuel y Camacho, Karina (2006), “La globalización contrariada. Trabajo, territorio y dominación en la floricultura de la sabana de Bogotá”, *Revista Colombiana de Sociología*, núm. 27, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 127-149.
- Revelo Salazar, José Vicente (2007), *Disoñar en colectivo, una opción para la seguridad y soberanía alimentaria de los pueblos... una propuesta desde el sur de Colombia*, Pasto: Asociación para el Desarrollo Campesino.
- Rezende, Ricardo (2004), *Pisando fora da própria sombra*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Rivera, María Jesús (2007), *La ciudad no era mi lugar. Los significados residenciales de la vuelta al campo en Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra.
- Salgado, Carlos (2002), *Los campesinos imaginados*, Cuadernos Tierra y Justicia, núm. 6, Bogotá, ILSA/Ediciones Antropos.
- Scott, James (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.
- Silva, Armando (1999), “Culturas urbanas en América Latina”, en Garretón, Manuel Antonio (coord.), *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*, Santafé de Bogotá, Convenio Andrés Bello, Tercer Mundo Editores.
- Sorokin, Pitirim; Zimmerman, Carlo y Charles, Galpin (1986), “Diferencias Fundamentais entre o mundo rural e o urbano”, en De Souza Martins,

- José, *Introdução Crítica a la Sociologia Rural*, Sao Paulo Coleção Estudos Rurais, Editora Hucitec.
- Skocpol, Theda (1984), *El Estado y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan (1999), *La conquista de América*, México, Siglo XXI Editores.
- Vega, Renán (2009), "Crisis civilizatoria", *Revista Herramienta*, núm. 42 [<http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-42/crisis-civilizatoria>], fecha de consulta: 14 de junio de 2010.
- Viaud, J. (2002), "Contribution à l'actualisation de la notion de mémoire collective", en Stéphane Laurens y Nicolas Roussiau, *La mémoire sociale. Identités et représentations sociales*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Wacquant, Loïc (2001), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Wallerstein, Immanuel (2007), *La crisis estructural del capitalismo*, Bogotá, Ediciones desde abajo.
- Wolf, Eric (1972), *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI Editores.
- Yory, Carlos Mario (1999), *Topofilia o la dimensión poética del habitar*, Santafé de Bogotá, Centro Editorial Javeriano.
- Zambrano Fabio (2002), "La ciudad en la historia", En Torres, Viviescas y Pérez (comp.), *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Zibechi, R. (2007), *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.